Miguel Barnet : "La vida real"

Autor(en): **Madrigal, Luis Iñigo**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **10 (1986)**

PDF erstellt am: **27.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-287548

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

MIGUEL BARNET: *LA VIDA REAL*

... En el exilio, si, pero hagamos aquí una distinción. Hay un exilio económico y otro espiritual. Existen personas que abandonaron el país en busca de ese pan de que vive el hombre. Pero existen otros – sus hijos mejor dotados – que lo abandonaron para buscar en otras tierras ese alimento del espíritu que sostiene en la vida a una nación de seres humanos.

. . . . . .

James Joyce, *Exiliados*

La noticia periodística que lee uno de los personajes de *Exiliados*, la única obra teatral de Joyce, deja fuera de la enumeración (quizá por hacer referencia a una puntual situación irlandesa) a un grupo fundamental del exilio contemporáneo: el de aquellos que no optan por él (léase sin ironía), pero a quienes les es impuesto. Esto es, los «proscritos»; el grupo de los que, como diría la Academia, han sido echados «del territorio de su patria, comúnmente por causas políticas», si se entiende allí «causas políticas» en un sentido lato y se agrega que la expulsión puede no ser explícita[1].

Exiliados económicos, exiliados «espirituales», exiliados políticos: estos son (por mucho que entre ellos existan diferencias) los tres grupos fundamentales de ese desgarramiento que se llama destierro. La literatura que sobre él versa (y que puede o no ser producto de literatos exiliados), escoge regularmente sus asuntos en los dos últimos grupos. Los literatos exiliados, por su parte, suelen también pertenecer a ellos dos[2].

Si quisiéramos establecer una elemental taxonomia que comprendiese la práctica totalidad de la «literatura del exilio», diríamos que ésta se divide en la escrita por desterrados («espirituales» o políticos) y la escrita por aquellos que no padecen esa aflicción; y que en uno y otro caso sus asuntos son el destierro «espiritual» o político. En ese esquema primario, quedaría excluida la literatura escrita por quienes padecen destierro, pero que no versa sobre él[3]. También la literatura del exilio económico.

Ya sabemos que mientras la primera exclusión es impuesta (acaso arbitrariamente) al objeto, la segunda parece formar parte de su naturaleza: por una parte, no abundan ni los escritores que se exilien por razones económicas, ni los exiliados económicos que se dediquen a la literatura; por otra, el exilio económico es poco frecuente como asunto.

Un texto que combinara esas dos rarezas sería, pues, un texto excepcional. *La vida real*[4] se acerca a esa excepcionalidad. Se acerca, porque narra la historia de un exiliado económico,

> ... Julián Mesa, un cubano más dentro de esa masa infinita de emigrantes que [antes de la Revolución, LIM] abandonaron su isla en busca de un medio de vida mejor. Su integración al mundo hispano de Nueva York, su vínculo conyugal con una mujer de origen puertorriqueño, su personalidad social, las formas de expresión adquiridas mediante las lecturas y el choque con un nuevo medio cultural...[5],

pero, aun narrándola desde la memoria de su propio protagonista, introduce entre éste y el lector una(?) figura intermediaria: la del escritor que firma la obra y que en su «Introducción» asevera,

> No he adulterado los contextos, ni traicionado el discurso oral, confesional, de mis informantes; antes bien, he respetado incluso los giros lingüísticos de quienes se sitúan ante el micrófono de una grabadora con cierto empaque retórico, como dictando una novela[6].

Como dictando una novela. El adverbio introduce y rechaza una doble comparación, que patentiza las características de este texto y del resto de las obras que su propio autor llama (con expresión coherentemente bicéfala) «novelas testimonio»[7]: lo

que se cuenta no es una «novela», una ficción, una mentira, sino «la vida real»[8]; y esa vida no está «escrita al dictado», pero escrita (¿novelada?) a partir de lo dictado.

Aquí no intentaremos, sin embargo, descifrar las peculiaridades de la novela testimonio, ni establecer sus géneros próximos, sobre alguno de los cuales existe una abundante bibliografía[9]. Para nuestro interés actual basta subrayar que *La vida real* (como *Biografía de un cimarrón*, como *La canción de Rachel*, como *Gallego*[10]) puede ser considerado como el relato de una «vida», y que

> ...une *vie* (c'est-à-dire un récit de vie écrit et publié) est toujours le produit d'une transaction entre différentes instances, et la détermination de l'«auteur», dans le cas d'une collaboration avouée, dépend avant tout du type d'effet que le livre doit produire[11].

Puesto que en las obras de Barnet el efecto buscado es, explícitamente, «contribuir al conocimiento de la realidad, imprimirle a esta un sentido histórico»[12], no es aventurado postular que el relato de «la vida real» de Julián Mesa, cubano nacido el 20 de agosto de 1920 y emigrado a Estados Unidos a finales de 1951, se propone una tarea cognoscitiva sobre el exilio (económico) cubano[13]; pero, en cuanto esa vida ha sido transformada en literatura, en cuanto en ese relato «la imaginación literaria... [va]... del brazo de la imaginación sociológica»[14], el texto ofrece también la posibilidad de desentrañar los rasgos distintivos de la narrativa del exilio. Es más, tal vez por esa doble falta de pureza (exilio sin «prestigio»; literatura no ancilar, pero con acarreos ancilares, para emplear la terminología de don Alfonso Reyes), esos rasgos distintivos se muestren aquí, paradojalmente, con insólita claridad.

El primero de tales rasgos, el fundamental, es la organización de la materia narrativa a partir de la combinación de una doble pareja de oposiciones adverbiales: aquí/allá[15] y entonces/ahora. En *La Vida real* ese juego se ve favorecido en cuanto, como queda dicho, estamos en presencia de una «vida» de exiliado contada (mediatizadamente) por su propio protagonista: el lapso que separa el tiempo del narrar del tiempo de lo narrado[16] tiene parte en el recurso a la contraposición del *entonces* al *ahora*; de la misma manera que la distancia que media entre el espacio desde el que se narra y aquel en que se

desarrollan (parcialmente) los acontecimientos narrados, favorece la antilogia *allá, aquí*.

Ya la disposición de las partes del texto esta construida a partir de las dicotomías citadas. La tres primeras partes («El campo», «La travesía», «La ciudad») están destinadas a contar la vida de Julián Mesa en Cuba; la cuarta parte («La emigración»), su vida en Estados Unidos. Las tensiones que surgen entre el *entonces* («en aquellos años», «en esos años», «en esa época», «esos años cuarenta», «años atrás», «en ese tiempo», «antes», «los cincuenta», etc., *VR, passim*) y el *ahora* («hoy», «hoy día», etc., *VR, passim*), y entre el *aquí* («aquí, en Nueva York», «Nueva York», «en este país», etc., *VR, passim*) y el *allá* («Cuba», «La Habana», «aquello», etc., *VR, passim*), no sólo aseguran la continuidad del discurso narrativo, sino que permiten desplegar la visión del mundo del personaje y, a través de ella, según veremos posteriormente, patentizar la vivencia del exilio.

Indiquemos, antes, que en el interior del primer conjunto (el que narra la vida del protagonista en su patria) se repiten, aunque aminorados, los rasgos de oposición que existen entre él y el segundo (esto es, el destinado a contar su vida en EEUU), a partir de la comparación del campo (y los campesinos), con la ciudad (y los ciudadanos). El protagonista abandona su rural lugar natal para ir a La Habana, apenas dejada la adolescencia, por similares razones a las que lo llevarían (quince años después) a dejar su patria para probar fortuna en los Estados Unidos; y aunque en la memoria (que debe ser «parte de la imaginación», *VR*, pág. 48) el campo y la ciudad queden subsumidos, en el allá y entonces, bajo la denominación común de Cuba, ese desarraigo inicial se presenta en el texto con caracteres y consecuencias similares al segundo. El sentido de esa homología esta explicitado por el propio narrador:

> ...Qué diferencia hay entre aquellas oleadas de guajiros que llegaban a La Habana sin saber leer ni escribir y los hispanos llegados aquí [a EE.UU., LIM] en los años cuarenta? Ninguna. Fue el mismo destino, el mismo perro con diferente collar. A mí si no hay quien me haga un cuento. Yo escribí [*sic*] los dos encontronazos, primero el *clash* con La Habana y después el *clash* con Nueva York. (*VR*, pág. 80);

pero, más allá de ese convencimiento, tal homología responde a la organización general del relato en los términos que exponemos, términos que también están presentes en el interior del segundo conjunto mencionado (el de la vida en EEUU de Julián Mesa), si bien aquí, según veremos, únicamente en la confrontación del *antes* al *ahora*.

Porque la división espacial del relato se combina con su división espacial y, así, mientras la comparación del «aquí» con el «allá» sirve para poner de manifiesto la superioridad que (en el ánimo del narrador) tiene el «allá», la comparación del «entonces» con el «ahora» introduce también una valoración; pero los términos de esta última se invierten en cuanto afectan a uno u otro de los términos espaciales: el «ahora» de «allá» es superior a su «entonces» y el «entonces» de «aquí» lo es a su «ahora».

En el primer aspecto mencionado (la superioridad del allá respecto del aquí), y aunque el narrador, por una parte, reafirme repetidamente su pretendida imparcialidad[17] y, por otra, descubra ciertas similitudes entre uno y otro lugar (por más que esas similitudes se refieran de común a aspectos negativos[18]), las diferencias conllevan siempre una valoración, bien se refieran a aspectos poco significativos de la realidad, como el clima[19], bien apunten a los diversos caracteres, costumbres, concepción del mundo que distinguen a ambos espacios, reiterados a lo largo de todo el relato, a veces con pintoresca expresividad, v.gr. al recordar sus antiguas amistades cubanas:

> ...Cuando echo la vista atrás y pienso en todas aquellas gentes que en cinco minutos me contaban vida y milagros; que si la mujer los había engañado, que si tenían un hijo mongólico, o habían tenido que robar por hambre, y veo al americano de aquí tan cerrado, me digo, ¡como el cubano no lo hay!, en cuanto a sinceridad y nobleza. No soy nacionalista, pero me crispa ver cómo se vive en este país, donde a un herido en la calle no se le da auxilio hasta que no llega la policía. He visto a muchos humanos sangrando en medio de Fifth Avenue y la gente alrededor: «How sad!, How sad!», pero sin moverse. Así es, y resignarse, porque si no no vive uno en paz (*VR*, pág. 64);

o, simplemente, al hablar de su vida en Nueva York:

> El norteamericano lleva la maleta full de billetes y nadie se entera. El hispano enseguida lo pregona a los cuatro vientos. El hispano es

> más abierto, más campechano. El norteamericano vive en su casa, el hispano vive en El Barrio con la música de la vellonera[20] a todo volumen en las aceras, bailando o jugando al dominó. El hispano tiene un dolor de muelas y todo el mundo se entera. El norteamericano no le cuenta eso a nadie. Sencillamente va al dentista cuando tiene el dinero (*VR*, pág. 242).

Las diferencias que advierte entre el «aquí» y el «allá»[21] permiten al narrador una primera conclusión, entre ingenua y ecuánime: «Nueva York es otra cosa» (*VR*, pág. 48); pero, como se ha visto, tal ecuanimidad trasluce una apenas encubierta conciencia de superioridad, no individual, sino gregaria: una especie de teoría de la «cubanidad» que subraya los (supuestos) rasgos positivos de la nacionalidad y soslaya los negativos[22].

Así, junto con rasgos tópicos de valoración de la patria (que tiene «las mujeres mas lindas del mundo», *VR*, pág. 79), se encuentra toda una caracterología del cubano: «como el cubano no lo hay, en cuanto a sinceridad y nobleza» (*VR*, pág. 64), «El cubano es algo muy grande» (*VR*, pág. 120), limpio (*VR*, pág. 204), guapo[23] (*VR*, pág. 206 *et passim*), trabajador (*VR*, págs. 208 y 267), espabilado (*VR*, págs. 215 y 227); no da su brazo a torcer (*VR*, pág. 229) y es pródigo en iniciativas (*VR*, pág. 267). Y aunque pueda tener algunos rasgos peyorativos (es, por ejemplo, alardoso y bocón, *VR*, págs. 193 y 215), incluso esos rasgos tienen su lado positivo:

> ...los cubanos somos un poco así. Cruzamos el Niágara en bicicleta y luego se nos olvida. Y la gente cree que somos unos triunfadores. Damos la impresión de estarnos comiendo el mundo, y es mejor así, ¿no es cierto? Malo si lo vieran a uno hecho tierra o lamentándose debajo de una mata de plátano. Ese gusto no hay que dárselo a nadie (*VR*, pág. 186).

En la confrontación del aquí con el allá, y frente a los habitantes del aquí (los norteamericanos), el cubano está más cerca de los «hispanos» o los «latinos» (*VR*, *passim*), pero también con ellos guarda diferencias; por eso el narrador, decidido a abandonar la soltería, «...quería una cubana. Con una mujer de otra tierra, pensaba..., iba a tener siempre la mosca en la oreja. Quería evitar fricciones y disgustos» (*VR*, pág. 229); disgustos que afortunadamente no sufrió, aun siendo la elegida puertorriqueña y a pesar de que

> El cubano es más abierto, más conversador y más alardoso. El boricua, aunque se le parece, es más cerrado, habla menos. Es un poco cabizbajo, diría yo. El cubano no la piensa mucho, el boricua se recalienta la cabeza por cualquier bobería (*VR*, pág. 193).

Para Julián Mesa lo que distingue fundamentalmente a los cubanos, lo que explica su desazón en el destierro y la hace mayor a la de otros exiliados, es su acendrado amor a la patria, fundamentado a su vez en la excepcionalidad de ella: «El cubano es un inmigrante muy disconforme», «El cubano no se olvida de su país» (*VR*, pág. 237), «...yo vivo orgulloso de ser cubano y de tener mis raices allá» (*VR*, pág. 185), «Las raíces del cubano son muy hondas» (*VR*, pág. 285).

> Porque Cuba es como una persona. Cuando hablamos de ella, quienes llevamos afuera un burujón de años, como yo, es como si habláramos de alguien de carne y hueso. No quiero hablar por hablar, pero no pasa así con otros hispanos. El cubano no se consuela con su recuerdo de Cuba. No conozco uno que no quiera volver, aunque sea a visitar su pueblo natal. No lo conozco (*VR*, pág. 81).

Esta regla (cuyas excepciones el propio narrador se encarga de calificar: «Tipos sin patria, renegados», *VR*, pág. 172), lleva a una conclusión general, más vivencialmente profunda y desencantada: «No se puede ser feliz en tierra ajena» (*VR*, pág. 285), «No hay casa en tierra ajena» (*VR*, pág. 297), y determina el que el narrador viva en el recuerdo, en el allá y el entonces, intentando reconstruirlos en su vida cotidiana; así cuenta cómo ha enseñado a su nieto a dibujar «el mapa de la isla, el Malecón y la farola de Morro», a más de algunas palabras de español, y cómo piensa enseñarle el himno nacional cubano (*VR*, pág. 261); así narra cómo utiliza el sótano del edificio de que es cuidador para escaparse «del mundo de los vivos» leyendo «la colección de *Bohemia* [revista cubana, LIM] más grande de Nueva York» (*VR*, pág. 291); así, cuando concluye el relato, en vísperas de un viaje que le llevará finalmente (aunque como turista) a su patria, se lee:

> Como siempre soñamos con Cuba y nunca se daba el sueño, me hago la idea de estar soñando todavía. Me parece mentira. Ayer mismo mi hija llegó a despedirse de nosotros. Este año ha nevado mucho. Y la nieve se veía caer por la ventana del sótano. Entró,

> porque yo tenía la puerta abierta, y me preguntó: – ¿Pa, qué tú haces pegado a la ventana esa? La nieve caía fina, parecía coquito rallado. Yo no estoy loco, ni ciego. Pero como era tanta la emoción con lo del viaje, le dije: – Estoy mirando el Prado de La Habana. – ¿Qué Prado es ese, papá? – El Prado de La Habana, mi hija, el Malecón. Yo me sentía en Cuba. Ella no me contestó. Y yo no quise virar la cara, no pude. Bueno, un hombre frente a su hija... (*VR*, págs. 299–300).

Ver la patria con los ojos del recuerdo. Vivir en la ensoñación de un lugar distante en el espacio, pero también en el tiempo: inexistente. He ahí la representación del exilio; la tensión entre el «aquí» y «allá» no tiene sentido desligada de la tensión entre el «entonces» y el «ahora». En *La vida real*, la comparación entre el entonces de la tierra lejana (efectivamente vivido) y su ahora (sólo mediatizadamente conocido), favorece al ahora, habida cuenta de que un profundo cambio ha tenido lugar en Cuba[24]. Esa valoración peyorativa del pasado se extiende a los dos espacios comprendidos por el allá («El campo era trabajo, ignorancia y hambre. La Habana era, además, vicio prostitución y muchas cosas increibles», *VR*, pág. 105[25]) y cobra particular significación por su comparación tácita con el presente:

> Si yo echo mi vista atrás y digo con dolor: ¡Ay, Cuba! (*VR*, pág. 28)
>
> . . . . . .
>
> Todo era una nube negra en esos años. Uno miraba el horizonte y no veía mas que desolación. Aquello no era un país. ¡Ay, Cuba!, me digo, cuando echo atrás con la memoria (*VR*, pág. 30).

El ahora que, como queda dicho, se conoce sólo de oídas («por lo que me han contado y por todo lo que he leído», *VR*, pág. 47) y tiene un cierto carácter de ensoñación («Por eso cuando oigo los cuentos de allá, de los cambios que ha habido, me pongo la mano en la cabeza. Me parece un sueño», *VR*, pág. 33), se siente, sin embargo, como algo profunda y plenamente vivido, constituyéndose en un motivo más de orgullo y sentimiento de superioridad frente a la sociedad ajena en que efectivamente se habita[26].

En relación dialéctica con ello, esa sociedad, el aquí, va presentándose al narrador con rasgos cada vez más negativos.

Siempre ha sido mala, pero ahora es peor: la violencia ciudadana ha aumentado, el racismo continúa, los jovenes no saben divertirse, los precios suben, el uso de la droga se extiende hasta los niños, «Antes era más sano, pero se veía venir esto» (*VR*, pág. 220), «Todo hoy es una exageración» (*VR*, pág. 241)[27]. La degradación del lugar alcanza a los nuevos compatriotas que a él llegan: antes, «los cubanos... se buscaban como cosa buena» (*VR*, pág. 208), ahora no, porque esos nuevos compatriotas no están ligados a ese espacio sagrado que es el ahora de allá[28].

«La vida del emigrado es lo mas solitario del mundo» (*VR*, pág. 242), dice Julián Mesa, y la suya lo confirma: habitante durante treinta años de un país que ya por su clima siente como diverso y agresor, cuyo idioma nunca ha logrado dominar, sin comunicación cierta con su hija, sin amigos, añorando y soñando una patria que en rigor no conoce, la dramática imagen de este hombre encerrado en el sótano de un edificio neoyorquino, escuchando música cubana, leyendo libros y periódicos cubanos, viendo con los ojos de la imaginación y la memoria paisajes cubanos, es la representación del destierro, por más que el crea que la suya es una experiencia individual:

> Cada hombre es un mundo. Nadie sabe de veras como sienten los demás. Una gota de agua no se parece a la otra, un hombre tampoco se parece al otro. En este país he aprendido muchas cosas, pero la más verdadera es que no hay casa en tierra ajena. Esa ha sido la mayor lección de mi vida. Y yo la he escarmentado en mi propia piel (*VR*, pág. 297).

El mérito de *La vida real* reside, justamente, en establecer, a partir de esa experiencia individual, la comunidad de vivencias de aquellos que, forzada o voluntariamente, viven en tierra ajena. No sólo ilustra el exilio económico cubano de las tres décadas anteriores a la Revolución, sino el exilio en general. ¿Qué exiliado (económico, político o «espiritual») no reconocerá en los sentimientos y congojas de Julián Mesa (cambiando lo que haya que cambiar), parte de sus sentimientos y congojas? ¿Y qué lector no descubrirá en el libro de Barnet, presentados con inmediatez y dramatismo, la mayor parte de los motivos, la materia de la llamada «literatura del exilio»?

Luis Iñigo Madrigal
Université de Genève

NOTAS

[1] Las anteriores disquisiciones lexicográficas no son del todo ociosas; de los verbos que el DRAE incluye sobre el fenómeno que nos interesa (a saber: *deportar*, tr. Desterrar a uno a un punto determinado y, por lo regular, ultramarino; *desarraigar*, tr. 5 fig. Echar, desterrar a uno de donde vive o tiene su domicilio. Ú.t.c.prnl.; *desnaturalizar*, tr. Privar a uno del derecho de naturaleza y patria; extrañarlo de ella. Ú.t.c.prnl.; *desterrar*, tr. Echar a uno por justicia de un territorio o lugar; *exiliar*, tr. Expulsar a uno de un territorio. // 2. prnl. Expatriarse, generalmente por motivos políticos; *expatriarse*, prnl. Abandonar uno su patria por necesidad o por cualquier otra cosa; *extrañar*, tr. Desterrar a país extranjero. Ú.t.c.prnl.; *pregonar*, tr. 5. Declarar a uno malhechor, proscribir; *proscribir*, tr. Echar a uno del territorio de su patria, comúnmente por causas políticas; *relegar*, tr. Entre los antiguos romanos, desterrar a un ciudadano sin privarle de los derechos de tal. // 2. Desterrar de un lugar), todos, excepto aquellos que figuran sólo en uso pronominal, parecen aludir a acciones afectas a derecho; sólo dos indican las motivaciones «políticas» de la acción; ninguno hace mención explícita de la necesidad de expatriarse para escapar a la cárcel o a la muerte. *Exiliarse* y *expatriarse*, en su amplitud, pueden acoger esa situación. *Pregonar* describe una acción común en las dictaduras («pregonados» fueron cientos de ciudadanos chilenos en los días siguientes al golpe militar de septiembre de 1973, con fotos en los periódicos en que se ofrecía un precio por sus cabezas, vivos o muertos, más el dinero que llevasen encima), pero es verbo cuyo uso en esta acepción es insólito en nuestros días, sobre todo en su forma de participio pasado. Próximo a él está *proscribir*, pero él, y especialmente su p.p., tienen un indiscutible regusto romántico. El verbo más usual en nuestros días es sin duda *exiliar* (María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, *s.v. exilio*, define ajustadamente: «Destierro; en especial el impuesto a la persona de que se trata por las circunstancias de su país y, mas particularmente, por las persecuciones políticas»; v. tb. *ibid. exiliado,-a, exiliar, exiliarse*); él y *desterrar* serán usados aquí indistintamente.

[2] La literatura española se inicia con la historia de un destierro, el del Cid. En Hispanoamérica las muestras del fenómeno son también tempranas: desterrado de Chile fue don Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*, poema que fundó la mitología de la nación de que fue expulsado. Y a lo largo de la historia de la literatura hispanoamericana son multitud los nombres de escritores de primera fila que padecieron destierro, generalmente por razones políticas: «Los proscritos» se titula una de las cuatro partes de la monumental historia de *La Literatura argentina; ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, de Ricardo Rojas (Buenos Aires, 1917–1922, 4 vols.). En nuestros días muchos representantes de las letras de América Hispánica han conocido el exilio (recientemente durante los gobiernos dictatoriales impuestos en los países del Cono Sur) y algunos han escrito teniendo como tema el exilio: Neruda, desterrado ilustre, escribe lejos de su patria el *Cuándo de Chile*. No faltan tampoco los exiliados «espirituales»: Cortázar abandona Argentina, a comienzos de la década de los cincuenta, para buscar en otras tierras la tranquilidad que su patria le negaba. Exiliado «espiritual» fue también (si atendemos a sus propias declaraciones), el chileno José Donoso, que posteriormente escribiría una novela, *El jardín de al lado*, cuyo motivo central es el exilio (político) de un su ficticio compatriota. Una enumeración de los escritores hispanoamericanos exiliados, o de las obras hispanoamericanas que tienen como tema el exilio en cualquiera de sus variantes sería interminable. V. el incitante ensayo de Guillermo Araya, «Destierro y autodestierro en la literatura hispanoameri-

cana», *Literatura chilena. Creación y crítica*, XVII (vol. 5, Nº 3/año 5, Nº 17), pags. 7–12.

[3] La taxonomía propuesta es, como todas, vacilante y empírica; tal vez la obra de los escritores exiliados guarde con la de aquellos que no lo son (o con la obra anterior de si mismos) diferencias que no puedan rastrearse en su solo contenido manifiesto; o tal vez ese mismo contenido manifiesto, aun no incluyendo el «exilio», se refiera mediatizadamente a él. La obra de los españoles que José Gaos llamó «transterrados» quizá pudiera ser invocada como ejemplo.

[4] Miguel Barnet, *La vida real*, 1984; cito por la edición de Madrid, Alfaguara, 1986, en adelante *VR*.

[5] Barnet, *VR*, pág. 14.

[6] *Id. ibid.*, pág. 14.

[7] Los principales escritos del autor sobre la novela-testimonio (el más importante de los cuales, «La novela testimonio: socio-literatura», data de 1970) pueden encontrarse reunidos en Miguel Barnet, *La fuente viva*, La Habana, Letras Cubanas, 1983.

[6] El protagonista y narrador subraya reiteradamente las características verídicas, «reales», de su narración, marcando su diferencia con otros relatos (populares): «...de no haber sido por mi madre no estaría haciendo el cuento ahora: un cuento real, no un cuento de caminos» (*VR*, pág. 19); «Aunque parezca cuento de camino...» (*VR*, pág. 62); «El que tenía un radio de pila, oía novelas románticas donde el pipisigallo tenía un automóvil, y de la vida real no se decía nada» (*VR*, pág. 78); «Y de eso es de lo que yo puedo hablar aquí, no de la mentira, ni de los cuentos que muchos se inventaron, sino de la vida real» (*VR*, pág. 177); «Una historía de novelas radiales. Porque la vida deja chiquitas a las novelas» (*VR*, pág. 233).

[9] Me refiero sobre todo a la autobiografía y sus géneros conexos, que en los últimos años han despertado una multitudinaria atención crítica. Para una bibliografía sobre el tema, v. Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1975, «Bibliographie», págs. 343–358; tb. Philippe Lejeune, *Je est un autre*, Paris, Seuil, 1980, «Bibliographie», págs. 319–327, que completa la anterior. Particularmente pertinente a nuestro objeto es el artículo del propio Lejeune, «L'autobiographie de ceux qui n'écrivent pas», en *Je est un autre*, págs. 229–316.

[10] Es decir, las tres anteriores «novelas-testimonio» de Miguel Barnet: *Biografía de un cimarrón*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1966; *La canción de Rachel*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1969; *Gallego*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1981. Para una interesante visión de conjunto de estas obras de Barnet, v. Elzbieta Sklodowska, *La Visión de la gente sin historia en las novelas testimoniales de Miguel Barnet*, Ph. D. dissertation, Washington University in St. Louis, 1983.

[11] Philippe Lejeune, «L'autobiographie de ceux qui n'écrivent pas», ed. cit., pág. 249.

[12] Miguel Barnet, «La novela testimonio: socio-literatura», ed. cit., pág. 25.

[13] *La vida real* no aspira, según Barnet, «a presentar un cuadro definitivo y totalizador de la emigración cubana de las décadas del cuarenta y del cincuenta», porque «Los contrastes y las diferencias entre estos emigrantes son demasiado marcadas para pretender abarcar un todo global» (*VR*, pág. 13); sin embargo, agrega, el personaje escogido «Quizás no sea representativo de un fenómeno social tan vasto y abigarrado, pero si entraña su significado común

en terminos de destino histórico» (*VR, ibid*). Para una breve y clara exposición de las condiciones que, a partir de 1934, determinaron una creciente miseria en Cuba, y que están en el origen de aquella emigración, v. Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Barcelona, Ariel, 1972; v. espc. «XXI. La crisis permanente (1934–1958)», págs. 244 y ss.

[14] Miguel Barnet, «La novela testimonio: socio-literatura», ed. cit., pág. 29.

[15] Señalo la oposición temporal por la pareja de adverbios aquí y allá, porque ella es la que figura mayoritariamente en el texto. Como se sabe, la Academia establece diferencias entre *aquí* y *acá*, así como entre *allí* y *allá* (*acá* «Indica lugar menos circunscrito o determinado que el que se denota con el adverbio *aquí*. Por eso acá admite ciertos grados de comparación que rechaza *aquí*. *Tan* ACÁ, *más* ACÁ, *muy* ACÁ.»; *Allá* «allí. Indica lugar menos circunscrito o determinado que el que se denota con esta última voz. Por eso allá admite ciertos grados de comparación que rechaza allí; v.gr.: *tan* ALLÁ, *más* ALLÁ, *muy* ALLÁ. Empléase a veces precediendo a nombres significativos de lugar para indicar lejanía. ALLÁ *en Rusia*; ALLÁ *en América*.»; *allí* «En aquel lugar»; *aquí* «En este lugar.»). Tales diferencias no pueden aplicarse siempre al uso del español en América. Ya Charles E. Kany (*Sintaxis hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1969, pág. 319) indica que «Los adverbios de lugar *acá* y *aquí*, ambos con el significado de «aquí», difieren en que *aquí* indica una situación concreta, mientras que *acá* indica con vaguedad la situación o movimiento. En el Río de la Plata, en las zonas andinas y en otras partes se usa actualmente *acá* en el habla coloquial casi exclusivamente con el significado de «aquí», determinado o no, uso que deriva de la lengua antigua». Por otra parte, los adverbios señalados, en el uso académico, pueden ser también temporales (*acá* «5. adv. t. Precedido de ciertas preposiciones y de otros adverbios significativos de tiempo anterior, denota el presente»; *allá* «2. adv. t. que precediendo a nombres significativos de tiempo, denota el remoto pasado. ALLÁ *en tiempo de los godos*; ALLÁ *en mis mocedades*.»; *allí* «3. adv. t. Entonces, en tal ocasión. ALLÍ *fue el trabajo*.»; *aquí* «5. adv. t. Ahora, en el tiempo presente. En este sentido, empléase únicamente con preposición antepuesta.»), pero en *La vida real*, quizá para reafirmar la tensión espacial entre aquí y allá, no hay ejemplos de uso temporal de esos adverbios.

[16] Tal vez convenga recordar la observación de Jean Starobinski («Le style de l'autobiographie», *Poétique*, 1, 1970, pags. 257–265), según la cual: «Au vrai, le passé ne peut jamais être évoqué qu'à partir d'un présent: la ‹vérité› des jours révolus n'est telle que pour la conscience qui, accueillant aujourd'hui leur image, ne peut éviter de leur imposer sa forme, son style. Toute autobiographie – se limitât-elle à une pure narration – est une auto-interprétation», por más que, según queda anotado, *La vida real* no sea propiamente una autobiografía.

[17] «No soy nacionalista», *VR*, pág. 64; «No es que yo sea más patriota que Maceo» *VR*, pág. 172; «Y no hablo mal del pueblo norteamericano, al contrario...», *VR*, pág. 242; «Yo no critico a los norteamericanos» *VR*, pág. 267.

[18] Así al comparar el gangsterismo de Cuba en los años cuarenta con el de Nueva York cuatro décadas después. *VR*, pág. 103; o al culpar de los males de la sociedad cubana de otrora y de la norteamericana presente «a los malos gobiernos, a las clases *ruling*», *VR*, pág. 159; o al observar la similitud de las prostitutas cubanas que conoció en su juventud con las que existen en Nueva York, *VR*, pág. 177.

[19] No sólo al hablar del frío en Nueva York (ese «frío que se siente de adentro para afuera», *VR*, pág. 81), llamativo sin duda para un caribeño, sino

en otros detalles, v. gr.: «Era un día soleado de octubre. Aquí se le llama otoño y allá es un verano ordinario», *VR*, pág. 82.

[20] *Vellonera*, que el «Glosario» de *La vida real* define como «vitrola automática», es probablemente un puertorriqueñismo, derivado de *vellón*, PRic. «moneda de cinco o diez centavos», con las que se debía hacer funcionar las máquinas comerciales de reproducción de discos fonográficos.

[21] Otros ejemplos en *VR*, págs. 103, 159, 171, 177, 185, 188, 192, 215, 220, 237, 249, 257, 267, 268, 277 y 285.

[22] También las diferencias entre el campo y la ciudad que integran el «allá» incluyen una «teoría de la campesinidad», cuyos rasgos son, en general, también superiores a los de la ciudadanía: «...la rabia guajira es para adentro, no como en las ciudades que la gente es bocona y echada para alante y al final todo es ruido» (*VR*, pág. 37); «...gente de mi ciudad, gente de mundo, más liviana que el campesino aunque más complicada. Porque el guajiro tendrá mucha musaraña en la cabeza, pero lleva nobleza en el corazón y eso lo da la tierra» (*VR*, pág. 38); «El hombre de campo es socarrón y la piensa dos veces, pero no tiene el arresto del de la ciudad» (*VR*, pág. 167), *et passim*.

[23] En el sentido americano y clásico, poco usado en España, de «Animoso, bizarro y resuelto; que desprecia los peligros y los acomete».

[24] Esta adscripción al presente de la patria lejana podría parecer, a primera vista, divergente de aquella que distingue al común de los exiliados (particularmente políticos y «espirituales»), pero en rigor no lo es. En efecto, los exiliados rechazan la situación nacional que los ha enviado al exilio y (aunque los desterrados políticos puedan desear que esa situación cambie para tornar a la que la precedió) esperan que ella cambie. Julián Mesa, que participó desde Nueva York en la ayuda al Movimiento 26 de Julio, siente que la Revolución Cubana ha terminado con los males que le obligaron a abandonar su patria. Es su imposibilidad de tornar a ella, por diversos motivos (*VR, passim*), la que distingue levemente su situación de la de otros exiliados y la que, al hacer su exilio definitivo, lo hace tambien más dramático.

[25] Las referencias a los males y vicios de la República Cubana son abundantes: ejemplos en *VR*, págs. 26, 46, 52, 62, 77, 97, 103, *et passim*.

[26] Otras referencias al «ahora» del «allá» en *VR*, págs. 41, 145, 215, 233, 268, 283, 286.

[27] V. tb. *VR*, págs. 202, 203, 218, 220, 247, 250, 266, 273, 286.

[28] Como queda dicho, Julián Mesa participó en la ayuda al Movimiento 26 de Julio antes del triunfo de la Revolución Cubana y, después de él, continuó con su adscripción al nuevo orden (*VR, passim*); ello le distancia, naturalmente, de los cubanos emigrados después de 1959, que no tienen a sus ojos, los rasgos positivos de la «cubanidad»: «Hoy día los contrarrevolucionarios quieren imitar el movimiento 26 de Julio, pero ni tienen estrategia, ni tienen honestidad. Por eso fracasan. Unicamente con un ideal como aquel se puede hacer lo que se hizo» (*VR*, pág. 273).